

Yara

Por Gabriel Olivares.

Mi nombre es Yara, tengo diez años y vivo en una cárcel en la que nunca se descansa. Ya nunca me despierta el zumbido constante de los drones, los temblores de las bombas o los alaridos de quienes perdieron a su familia y sufre el dolor de sobrevivir. Ya no hay sonido alguno que me llame la atención, aunque tampoco consigo descansar. Salvo uno... el de mi padre gritando que corramos a pleno pulmón. Yo no lo hice, me quedé bloqueada escuchando el frío silbido de un misil antes de que mi padre me apartase unos metros y me salvase. La gente siempre teme al estruendo de las explosiones, pero no en esta prisión. Aquí escuchar una explosión es casi un alivio, pues significa que no es a ti a quien hieren, no será tu familia la que llore, no será tu padre quien se quedará atrás en el hospital mientras sigues desplazándote de un campo de refugiados a otro. Cuando vives un bombardeo desde muy cerca, tus tímpanos se rompen antes de que llegues a escuchar la auténtica explosión, lo único que captas durante un bombardeo es el silencio previo. Los drones que nos vigilan zumban sobre nuestras cabezas desaparecen justo antes de ese silbido que te rechina los dientes. Incluso cuando te rescatan de entre los escombros, sigues sin oír el roce de piedra y polvo, solo el murmullo distorsionado de alguien que respira desesperación contenida.

Mis hermanos me despiertan con un ataque de tos. El sonido áspero y seco se vuelve irregular y apagado cuando intenta esconderlo bajo la manta vieja en la que duerme. Mi madre cuida de mis siete hermanos pequeños, así que soy yo la que me levanto antes del alba y camino en busca de comida. Mis botas áridas y gastadas rozan la tierra baldía, esquivando los cascotes derruidos de una escuela. Ya hace dos años desde que bombardearon mi escuela. Yo tenía las mejores notas de mi clase, quería ser profesora, pero en este infierno no hay sitio para la educación. Aquí ya no importa saber hacer ecuaciones o análisis sintáctico, solo aprender a sobrevivir. El murmullo de los hambrientos y el entrecocar de los pucheros de metal eclipsan el constante zumbido de los drones. No puedo dejar de pensar en esos trozos de plástico alados, estos solo lleven cámaras, unos perros pastores del siglo XXI vigilando que ninguna pieza de ganado se salga del redil.

Cualquiera que me vea pidiendo algo de agua con lentejas pensará que soy muy valiente, que a mis diez años no debería vivir lo que vivo, pero cuando naces en una cárcel a cielo abierto, una ya no presta atención a las torturas de sus carceleros. Mi familia necesita alimento, así que cuando el encargado de la cocina comunitaria me dice que me aparte y haga una fila si quiero que llene mi puchero, lo hago y espero con más paciencia que los otros niños a mi alrededor. Antes teníamos gente de la ONU u ONG de todo el mundo manteniéndonos vivos mientras nosotros huimos de las bombas, pero mis carceleros se vuelven más retorcidos con

cada acto de rebeldía. Ya no hay ayuda humanitaria, ni medicamentos para la tos de mis hermanos ni electricidad.

-Somos ocho -le digo al encargado, que me mira de arriba abajo evaluando si miento- Lo juro por Allah en el cielo y Mahoma su profeta, puedo decirte sus nombres si...

El hombre vierte el cazo en mi puchero y luego otro. No hay comida para ocho, pero al menos podremos sobrevivir hasta mañana y quizá entonces haya más suerte. Inshallah. Agarro mi puchero con ambas manos y recorro el camino de vuelta con mucha atención, no solo para no tropezar con los numerosos escombros de las casas derruidas, sino para poder correr, esta vez sí, al escuchar el silbido de un misil cercano.

No me importa morir, ya no, pero si lo hago, mi familia morirá también...

Cuatro horas y diez kilómetros de caminata después, regreso a los restos de la casa a medio derruir en la que ahora vivimos. Lo hago con una sonrisa porque hoy he podido alimentar a mis hermanos y eso es lo único que importa. Mi madre ha encontrado unos platos con un estampado de ramas de olivos que no se rompieron cuando el bombardeo casi destruye la casa, aunque solo hay dos cucharas para comer. Mi hermano Hossam es un bebé y mi madre hambrienta no puede producir suficiente leche para él. Por suerte, Dios quiso que cuando dejamos a mi padre en el hospital, un médico nos diera un tarro con leche de fórmula que estamos racionando para él. Mi madre mira el puchero que no está lleno del todo, comprendiendo que hoy no comerá, pero que aun así va a agradecerme el esfuerzo que hago por la familia. Su sonrisa es débil, cargada de arrugas y ojos oscurecidos por el llanto constante, pero sigue sin querer que la acompañe cuando sale a llorar afuera. Sé que está orgullosa de mí y eso me alegra. Ese orgullo no llenará nuestro puchero al día siguiente, pero hará que camine la distancia que haga falta al amanecer.

Por la tarde enseño a mis hermanos a leer, algunos son muy pequeños y no han podido ir a la escuela desde que nuestra cárcel se transformó en infierno. Solo tengo un libro de poesía, así que recito con ellos mientras ellos leen despacio. Pasadas unas horas nos cansamos de leer y salimos a jugar con otros niños. No los conozco de nada, muchos vienen del norte como yo, de otras ciudades y pueblos reducidos a escombros de cemento y metal. Una de ellas me cuenta que vive con su tío, porque su madre y sus cinco hermanos murieron cuando los recogían de la escuela, su padre también está en el hospital, así que pronto somos amigos. Waad solo tiene cinco años, pero sigue animada pese al horror y dibuja un tejo con un cascote. Yo también me animo al verla, así que juego con ella bajo la atenta mirada de los drones. Estos momentos me recuerdan a mi infancia, donde mi familia podía encontrar una celda a la que llamar hogar y las escuelas estaban llenas de risas y juegos, no de bombas y escombros.

De pronto veo a mi madre aparecer por una esquina y sé por su mirada que algo no va bien. No tiene que explicármelo con palabras, yo ya sé identificar cuando es el momento de abandonar nuestro refugio provisional e irnos con todo cuanto podamos a otro campo de refugiados. Pasamos lo que queda del atardecer doblando las mantas y colocándolas para que

mis hermanos de cuatro años puedan llevar la suya entre los dos. El estampado de ramas de olivo de los platos es muy bonito, pero no podemos cargar con ellos, así que los dejo en un cajón para intentar preservarlos y que los use otra familia necesitada.

Tenemos que salir cuanto antes, a una “zona segura” según mamá, pero donde estábamos ya era una zona segura antes de que nuestros carceleros decidieran que ya no les convenía que lo fuese. Sé que es una tontería, pero después de horas de marcha sigo acordándome de esos platos. Si algún día nos dejan volver a tener tiendas y comercios, quiero comprar esos platos y comer comida de verdad en ellos. Nada de arroz cocido sin nada o sopas aguadas.

Caminar de noche por carreteras de tierra aplastada y pueblos en ruinas es mucho más difícil cuando el suelo tiembla a nuestros pies. Las explosiones a nuestra espalda no cesan en toda la noche, pero mi oído ya está acostumbrado a los misiles, así que sé que esos platos aún no se han roto. Los niños de mi prisión aprendemos a localizar los bombardeos por el sonido, así que sé que aún no han caído donde vivíamos.

Mis hermanos rompen el tradicional silencio de los desplazados, preguntándose si viviremos en los restos de una casa esta vez o volveremos a protegernos solo con la tela de una tienda para refugiados. Ya es primavera y el calor empieza a ser sofocante. Tener solo una fina tela sobre nuestros desnutridos cuerpos es uno de esos dudosos placeres de vivir un infierno diario. Les digo que en la cocina comunitaria a la que fui a por comida me dijeron que en el sur hay naves industriales que todavía no han sido bombardeadas, que están frescas y son acogedoras, aunque demasiado pobladas y sin intimidad. Mi madre y yo nos miramos sabiendo que he mentado, que las escrituras dicen claramente que engañar está mal... y que Dios me acogerá igual por hacerlo para dar esperanza a mis hermanos.

Sigue siendo noche cerrada cuando una familia nos acoge temporalmente en un antiguo bar que cerró poco después de que la vida en mi cárcel se recrudeciera. Ningún bar ni negocio sobrevive si nuestros carceleros bloquean la entrada de alimentos, medicina y hasta leche de fórmula. Nada entra o sale de nuestro pequeño confín del mundo en el que vivimos más de dos millones de personas. Damos gracias al cielo por encontrarnos con esa familia que se niega a abandonar su hogar y nos cobija, mostrándonos imágenes en sus móviles, cargados con paneles solares, de cómo era su restaurante hace tan solo tres años. Apenas tardo unos minutos en caer rendida en mi manta sobre el suelo, observando el antiguo cartel del bar; un juego de palabras que me saca una sonrisa antes de perirme cerrar los ojos.

Cuando me despierto unas horas después, con los huesos molidos y los ojos hinchados, que recuerdo demasiado tarde que tengo prohibido descansar. La familia que nos acogió no puede darnos la poca comida que las organizaciones benéficas locales les dieron hace días. Así que me toca volver a caminar por una zona que no conozco en busca de algo que echar al puchero. Nuestros anfitriones me indican el camino hacia el puesto de entrega de alimentos, pero la hambruna provocada por nuestros carceleros hace que ya no quede nada para cuando llego.

Dormir hasta el alba le ha costado la comida a mi familia.

Es mi culpa, me he relajado y ahora mis hermanos sufrirán. Le pido al encargado que raspe cuanto pueda del fondo de la olla, pero el sonido metálico de la espátula me dice que ya no queda nada. Mi estomago gruñe, no solo por el hambre, sino por que ahora no dejo de ver la cara delgada de mis hermanos y la piel de sus piernecitas seca y pegada al hueso carente de músculo. Solo tengo una oportunidad, tengo que acercarme a los puestos de reparto de alimentos que han creado mis captosres. Son extremadamente peligrosos, tanto que hasta mi desesperado y hambriento pueblo intenta evitarlos.

El señor de la cocina comunitaria me indica el camino, observándome con recelo al partir, sintiéndose mal por tener que ser él quien me envíe allí a por comida. Todos han oído las historias de esos sitios, la media luna roja ya monta guardia cerca de las explanadas en mitad del desierto, siempre dispuestos a salvar vidas.

El sol del verano me quema la piel para cuando llego a la masa de seres hambrientos que esperan la hora exacta en que nos dejarán repartirnos las migajas que nos conceden. Entonces suena una señal, una bocina lejana e irritante que nos impulsa a avanzar como grupo bajo el constante asedio del sol de mediodía. El mundo se vuelve lento y desesperado, la gente se arremolina en los grupos de sacos blancos que han dispuesto para la distopía macabra que han diseñado para que nos peleemos. Intento agarrar un saco de harina, pero un chico de unos veinte años me lo arranca de las manos con manos trémulas, pero fuertes. Trato de hacerme con otro saco, necesito esa comida, pero todos la necesitamos.

-¡Tengo seis hermanos, tengo seis hermanos!

No sé qué estoy gritando, solo sé que necesito salvar a mi familia. Un hombre aparece tras mi hombro y me chilla algo que no entiendo. Todos estamos gritando. Entonces suena otra bocina, los diez minutos para tomar el alimento y salir han pasado en un parpadeo. Yo no tengo comida, no fui lo suficientemente rápida, no luché lo suficiente por mi familia. No soy suficiente...

...pero puedo arriesgarme.

Un par de niños tan hambrientos como yo, comprueban el fondo de un saco, rascando a ver si parte de los paquetes de comida que contenían se ha caído y puede rescatarse. Un súbito retumbar hace que el mundo gire a mi alrededor, y otro. La sangre de los dos niños me salpica un segundo antes de que me dé cuenta de los agujeros que ambos tienen en la frente. Uno de ellos me mira antes de caer, yo permanezco inmóvil, absorta de los sonidos de mi alrededor. Algo me agarra el hombro y me empuja hacia atrás, lejos de los chicos muertos y los restos de comida.

Ha vuelto a ocurrir, he vuelto a bloquearme en un momento crítico. Un hombre que no conozco me está sacando a rastras del peligro. Espera, sí que lo conozco, es Suleiman Al-Obeid, el futbolista preferido de mi padre y una estrella entre mi gente. Me arrastra como a

un saco inerte, pero lo agradezco igual. Otro estruendo y el famoso futbolista arquea la espalda con una mueca de dolor. Un disparo le ha alcanzado en el hombro. El mundo a nuestro alrededor se vuelve más caótico. Sé que están llamando a los sanitarios entre alaridos, aunque yo solo escucho el mismo murmullo apagado que escuché cuando hirieron a mi padre. Suleiman cae de bruces y yo lo hago con él. Un grupo trata de llevarlo junto a los médicos, pero el futbolista me ofrece el saco de arroz que había tomado y lo deja en mi regazo antes de ser trasladado.

Estoy cubierta de sangre, de mis labios escapa un sollozo que no provoca lágrimas. Una mujer me abraza, pero yo solo puedo aferrar el saco de arroz como el tesoro que es. Mi familia vivirá... gracias al sacrificio de un gran hombre.

Un paramédico me examina y pregunta si estoy herida. Niego con la cabeza, incapaz de mediar palabra. Mis piernas temblorosas apenas me sostienen al levantarme, debo regresar al restaurante con mi familia. La mujer que me ha abrazado me pregunta si necesito ayuda y yo niego de nuevo. Debo llegar a tiempo para alimentar a mis hermanos, mi madre estará preocupada por mi tardanza.

Por el camino me encuentro a al hombre, el que me arrancó el saco de harina antes, hablando muy enfadado con un periodista con la cámara al hombro. El tipo muestra entonces el saco que yo estuve a punto de alcanzar y enseña a cámara la harina llena de gusanos que nuestros captores nos han dado. Si hubiera conseguido ese saco...

Gracias, Dios, por protegerme –digo para mi quitándome sangre seca de una ceja.

Mi madre ahoga un grito al verme volver llena de sangre. Llevo el saco de arroz bajo el hombro mientras mi puchero vacío entrechoca contra mi rodilla. He conseguido comida, pero estoy devastada y el cansancio me puede. La mujer del restaurante me limpia, mientras su marido cuece el arroz y le añade algo de sal. Mi familia comerá hoy. Mañana, solo Dios lo sabe. Yo solo puedo seguir intentando alimentar a mi familia, seguiré luchando por ellos.

Tras la cena, caigo rendida en mi manta hecha un ovillo. Sigo agradecida a Dios por concederme una familia que siente orgullo por mí y cruzar mi camino con personas maravillosas como Waad o Al-Obeid. Vivo en un infierno, pero adoro a mi pueblo y honro a mis antepasados, a mi cultura. Nadie podrá quitarme el amor que siento por mis hermanos y el recuerdo del calor de mis padres al abrazarme.

Mi nombre es Yara y vivo en Gaza, la cárcel a cielo abierto en la que millones de personas suplicamos alimento mientras nuestros carceleros solo nos ofrecen bombas. Mi hermano es un bebé que solo ha conocido este infierno, mis abuelos fueron hace veinte años luchando por librarnos del yugo, mis bisabuelos cuando las fuerzas de ocupación decidieron que una pequeña franja de tierra árida era todo cuando nos permitirían conservar de la tierra de mis ancestros. Mis carceleros me llaman niña del terrorismo, pero las únicas armas que conozco son la bomba de la que mi padre me salvó y los fusiles que llevan mis carceleros.

Yara no es un personaje de ficción.

De hecho, podeden verla [aquí](#) porque el canal 4 británico hizo una pieza sobre su caso que yo he usado para este texto gracias a YouTube.

Tampoco son ficticios [Waad](#) ni [Suleiman Al-Obeid](#).

Que la historia de Yara nunca sea olvidada.

Que el sufrimiento del pueblo palestino no sea en vano.

<https://youtu.be/c1g0la4gchw?t=77>

<https://youtu.be/eYVNHfbdug?t=44>

<https://x.com/MoSalah/status/1954215423861240020>